

Dámaso insistía desde la puerta en mangas de camisa, cruzando los tirantes.

—¡Entre usted, hombre; qué diantre! Ya tengo los pantalones puestos.

—Viene conmigo una persona de cumplido—gritó Ega para acabar.

Se abrió la puerta de la sala. La alfombra era exactamente igual á la de los cuartos de Carlos en el Ramillete. Abundaban en todo los vestigios de la antigua amistad con Maia: el retrato de Carlos á caballo, una de las colchas de la India, de las señoras Medeiros y sobre una arquilla española, dentro de un fanal, un zapatito de raso de mujer, nuevo, que Dámaso comprara exprofeso, por haber oído decir á Carlos: "En todo cuarto de soltero debe haber alguna reliquia de amor." Entre estos retoques de *chic*, dados bajo la influencia de Maia, se veían los sólidos muebles del papa Salcede, de caoba y terciopelo azul, una consola de mármol, un reloj de bronce, una gran luna que mostraba en la parte inferior una porción de tarjetas de visita y retratos de cantantes. Cruges examinaba estos documentos, cuando resonaron los pasos de Dámaso en el corredor. El maestro fué á sentarse al lado de Ega con el sombrero en la mano.

Al verlo, el buen Dámaso que se enfundara en una levita azul, exclamó alegremente:

—¿Esta es la persona de cumplido? ¡Qué cosas tienen ustedes! ¡Yo que por poco me pongo el hábito de Cristo!...

Ega le atajó muy serio.

—Cruges no es persona de cumplido, pero el motivo que aquí nos trae, es delicado y grave, Dámaso.

Dámaso abrió desmesuradamente los ojos, reparando por fin en la extraña actitud de sus amigos,

ambos de negro, severos, solemnes. Retrocedió y dejó de sonreír.

—¡Qué diablo es eso! Siéntense, siéntense ustedes...

La voz se le apagaba también. Sentado en un sillón bajo, con las manos en las rodillas, esperó con ansiedad.

—Nosotros venimos aquí—comenzó Ega—en nombre de nuestro amigo Carlos de Maia...

Una súbita oleada de sangre cubrió la faz rechoncha de Dámaso, subiéndole hasta la raíz de los cabellos, rizados. Y no supo qué decir, atónito, sofocado, restregando estúpidamente las rodillas.

Ega prosiguió:

—Nuestro amigo de Maia, se queja de que Dámaso publicó ó hizo publicar un artículo extremadamente injurioso para él y para una señora de su relación en la *Corneta del Diablo*.

—¿En la *Corneta*, yo?—exclamó Dámaso.—¿Qué *Corneta*? Nunca escribí en periódicos, gracias á Dios.

Ega, muy fríamente, sacó un fajo de papeles, y los colocó uno por uno al lado de Dámaso en la mesa.

—Aquí está su carta, remitiendo á Palma el borrador del artículo... Aquí, de su letra igualmente, la lista de las personas á quienes se debía enviar la *Corneta*, desde el Rey á la Fancelli... Además de eso, tenemos las declaraciones de Palma. Dámaso no es sólo el inspirador, sino el autor material del artículo... Carlos de Maia, exige, pues, como injuriado, reparación por las armas...

Dámaso dió un salto en el sillón tan brusco que Ega retrocedió involuntariamente, temiendo una brutalidad. Pero ya Dámaso estaba en mitad de la sala, horrorizado con los brazos trémulos...

—¿De modo que Carlos me manda desafiar? ¡A

mí! ¿Qué le hice yo? ¡El fué quien me la jugó de puño! ¡Fué él! ¡Ustedes saben que fué él!

Y despotricó en un prodigioso flujo de locuacidad, dándose palmadas en el pecho, con los ojos anegados en lágrimas. Fué Carlos, Carlos, quien le ofendió mortalmente. Durante todo el invierno le había perseguido para que le presentase á una señora brasileña, muy elegante, que vivía en París y que le gustaba. Y él, bondadoso, le prometió presentarle. ¿Y qué hace Carlos? Aprovecha una ocasión sagrada, cuando él acababa de perder á su tío, se cuele en casa de la brasileña y hace que ésta le cierre la puerta á él. ¡El era el que debía desafiar á Carlos! ¡Pero no! Fué prudente, evitó el escándalo á causa de don Alfonso de Maia. Es verdad que se había quedado de Carlos, pero en el Gremio, en el café de la Habana, entre amigos... ¡Mandarme desafiar á mí! ¡A mí, á quien todo el mundo conoce!

Se calló sofocado. Ega, extendiendo la mano, observó plácidamente que se desviaban de la cuestión. Dámaso concibió, redactó y pagó el artículo de la *Corneta*, no lo podía negar. Allí estaban las pruebas; tenían además la declaración de Palma...

—¡Ese desvergonzado!—gritó Dámaso, movido de una indignación tremenda.—¡Ese descarado de Palma! ¡Con éste sí, que me he de ver yo! La cuestión con Carlos se arreglará. Todos somos muchachos finos. ¡Pero, Palma! ¡A ese sí que le revienta! ¡Un hombre á quien he dado siete mil reis! ¡Y cenas y coches! ¡Un ladrón que pidió el reloj á Ceferino para ir á bautizo y lo empeñó! ¡Le he de deslomar! ¡Traiciones no las admito de nadie!

Ega, con la tranquila paciencia del que ve la presa cierta, esperaba á que pasase aquel flujo de palabras.

—Así, nunca acabaremos, Dámaso...—dijo—Nues-

tro punto es este. Dámaso injurió á Carlos de Maia; ó se retracta públicamente de esa injuria ó da una reparación por las armas...

Pero Dámaso sin escuchar, se dirigía á Cruges, que continuaba en el sofá rascando una contra otra, con expresión dolorosa, las botas nuevas de charol.

—¡Ese Carlos! ¡Un hombre que se decía amigo mío, que hacía de mí lo que quería! Hasta le copiaba escritos. Usted lo vió, Cruges. Diga, hable, hombre. ¡No se conjuren todos contra mí! Hasta á veces iba á la aduana á despacharle cajas...

El maestro bajaba la vista, colorado, con infinito malestar. Ega, por fin, ya harto, lanzó una última intimación.

—En suma, Dámaso, se desdice ó se bate.

—¿Desdecirme?—tartamudeó el otro—¡no faltaba más! No soy hombre que se desdiga.

—Muy bien, entonces se bate usted...

Dámaso se echó para atrás como desatinado.

—¡Batirme! ¡Yo no soy hombre de desafíos! Que venga aquí, no me da miedo, le pego...

¡No faltaba más sino batirse! ¡Ya se sabe que en Portugal todos los duelos acaban de un modo ridículo!

Ega, entretanto, como si su cometido estuviese terminado, se abrochó la levita y recogía los papeletes. Después, serenamente, hizo la última intimación que se le encomendara. Como don Dámaso Salcede, pensaba retractarse y dar reparación por las armas, Carlos de Maia le prevenía que en cualquier parte que le encontrase de allí, en adelante, bien en una calle, bien en un teatro, le escupiría en la cara.

—¿Escupirme?—berreó el otro lívido, retrocediendo, como si viese ya el salivazo en el aire.

Y de pronto, despavorido, cubierto de sudor, se

precipitó sobre Ega, agarrándole las manos y diciendo:

—¡Juan, Juan! Tú que eres un amigo, líbrame de este trance.

Ega fué generoso. Se desprendió de él, empujóle blandamente hacia el sillón, calmándole con palmas carifiosas en el hombro. Y declaró que desde que Dámaso apelaba á su amistad, desaparecía el enviado de Carlos y quedaba sólo el camarada. ¿Quería Dámaso un consejo? Debía firmar una carta diciendo que todo lo que hizo publicar en la *¡Coroneta* acerca de Carlos de Maia y de cierta señora, era invención falsa y gratuita. Sólo esto le salvaba. De otro modo Carlos, en el Chiado, en San Carlos, en cualquier parte, le escupía en la cara. Y Dámaso no tendría más remedio que batirse á espada ó á pistola...

Y en cualquiera de esos casos era hombre muerto.

El otro escuchaba sin atreverse á decir una palabra. Por fin, extendiendo los brazos, murmuró desde las profundidades de su terror:

—Si es así, Juan, firmo, sí, firmo...

—Es lo que le conviene. Déme, pues, papel. Usted está trastornado. ¡Yo mismo lo redactaré!

Dámaso se levantó con las piernas temblorosas, lanzando una mirada atontada y vaga por los muebles.

—¿Papel de cartas? ¿Para una carta?

—Sí, está claro. Una carta para Carlos.

Los pasos del desgraciado se perdieron por fin en el corredor.

—¡Desdichado!—suspiró Cruges, llevando la mano á los zapatos, con expresión desgarradora.

Ega le lanzó un *chit* severo. Dámaso volvía con su suntuoso papel de monograma y corona. Para que quedase en secreto aquel trance amargo corrió

la cortina, y el vasto paño de terciopelo, desdoblándose, mostró el escudo de Salcede, donde había un león, una torre, un brazo armado y debajo en letras de oro, su formidable divisa: ¡SOU FORTE! Y inmediatamente, Ega apartó los libros de la mesa, se sentó y empezó á escribir.

—Yo hago el borrador y usted después lo copia.

—Sí—gimió Dámaso—pasándose el pañuelo por el cuello y por la cara.

Ega, entre tanto, escribía lentamente, con delicia. Aquel silencio embarazaba á Cruges, que terminó por levantarse y fué cojeando hasta el espejo, donde se desarrollaban, encajadas entre el cristal y el marco, las tarjetas y fotografías. Había allí retratos de cantantes, invitaciones para bailes, tarjetas de aristócratas, entradas del Hipódromo, diplomas de miembro del Club Naval, Jockey Club, del Tiro de Palomas: hasta trozos cortados de periódicos anunciando el cumpleaños, las partidas y las llegadas del señor Salcede "uno de nuestros más distinguidos *sportmen*.."

¡Desventurado *sportman*! Aquella hoja de papel que poco á poco iba escribiendo Ega, le llenaba de terror. ¡Santo Dios! ¿Para qué escribir con tanto cuidado una carta á Carlos? Una línea bastaría: "Mi querido Carlos: no te incomodes, perdona, fué una tontería..". Pero no. Todo una página de letra menuda con interlíneas. Ega volvía ya la hoja y mojaba la pluma, como si de ella hubieran de escurrirse sin cesar cosas humillantes! No pudo contenerse y adelantó la cara sobre la mesa, hasta el papel:

—Oye, Ega, eso no se ha de publicar, ¿verdad?

Ega reflexionó y dijo:

—Tal vez, no. Creo que no. Naturalmente, Carlos, al ver su arrepentimiento, dejará esto olvidado en el fondo de un cajón.

Dámaso respiró con desahogo. Era mucho mejor así, tratándose de amigos. En efecto, el artículo fué una tontería. Estaba arrepentido de él. Pero en cuestiones de mujeres, era impetuoso, era un león.

Se abanicó con un pañuelo, ya tranquilo y empezando á saborear otra vez la vida. Llegó á encender un cigarro, á levantarse y á acercarse á Cruges, que cojeando á través de las curiosidades de la sala había quedado encallado junto al piano, con el pie malo en el aire.

—¿Hemos hecho algo de nuevo, Cruges?

Cruges, muy colorado, murmuró que nada había hecho. Dámaso quedó un momento silencioso y luego mirando á Ega, murmuró:

—Siento lo que ha ocurrido; á causa de los que me conocen, que si no, no me importaba. Pero usted procure que Carlos no le dé publicidad...

Precisamente Ega había acabado ya de escribir y se le acercaba con el papel en la mano.

—¡Ha quedado magnífico! Todo está arreglado— exclamó por fin.—Va en forma de carta dirigida á Carlos. Dice así:

“Muy señor mío: Habiéndome manifestado usted, por medio de sus amigos Juan de Ega y Victorino Cruges, la indignación que le causara cierto artículo de la *Corneta del Diablo*, de que yo escribí el borrador y cuya publicidad promoví, declaro formalmente á usted que ese artículo sólo contenía falsedades é incoherencias: mi única disculpa estriba en que lo compuse y envié á la redacción de la *Corneta*, en un momento en que me hallaba en el más completo estado de embriaguez...”

Se detuvo y ni menos se volvió para Dámaso que había dejado caer los brazos y rodar el cigarro por la alfombra. A Cruges fué á quien se dirigió para decirle:

—¿Lo hallas tal vez demasiado fuerte? Pues yo lo redacté así, por ser precisamente el único modo de salvar la dignidad de nuestro Dámaso.

Y desenvolvió su idea, demostrando lo generosa y hábil que era. Ni Carlos ni él querían que en una carta que podía llegar á ser pública, Dámaso declarara que era un calumniador por el gusto de calumniar. Era preciso dar á la calumnia alguno de aquellos motivos que quitan toda responsabilidad á las acciones. ¿Lo mejor, tratándose de un soltero, no era decir que estaba embriagado? No es ninguna vergüenza llevar una *tajada* regular. El mismo Carlos y ellos, alguna vez habían empinado el codo. Sin remontar á los romanos, muchos grandes hombres que cita la historia, bebían con exceso... Desde el momento en que Dámaso se declaraba borracho, su honra quedaba á salvo. Nada más claro y sencillo.

—¿No te parece, Cruges?

—Sí, quizá estaba bebido.

—¿Y á usted qué le parece, Dámaso?

—Sí, que había bebido.

Inmediatamente Ega volvió á leer:

“Ahora que estoy sereno, reconozco como siempre reconocí y proclamé, que es usted un carácter absolutamente noble; y que las otras personas que en aquel momento de embriaguez me atreví á salpicar de lodo, sólo me merecen veneración y elogios. Declaro también que si acaso volviese á soltar alguna palabra ofensiva para usted, no le debe usted dar más importancia que á una involuntaria vaharada de alcohol, pues por un hábito hereditario que reaparece con frecuencia en mi familia, me hallo repetidas veces en estado de embriaguez... De usted con todo respeto, etc., etc.”

Dió media vuelta sobre los tacones, y encendiendo un cigarrillo explicó que de aquel modo quedaba ga-

rantida la tranquilidad de Dámaso. Atribuyendo todas sus imprudencias á un hábito de intemperancia hereditaria, del que tenía tan poca culpa como de ser gordo ó de ser bajo, Dámaso se ponía *para siempre* al abrigo de las provocaciones de Carlos.

—Usted, Dámaso, tiene genio y tiene lengua... Un día, en el Gremio, se le escapa una palabra contra Carlos... Sin esta precaución hay escándalo, enfado, desafío... Así Carlos ya no se puede quejar. Tiene la explicación que todo lo aclara, un trago de más; el trago tomado por impulso de borrachera hereditaria. Usted alcanza de este modo la cosa que más se apetece en nuestro siglo XIX: la irresponsabilidad. Y luego para su familia, no es una vergüenza, porque usted no tiene familia. En resumen: ¿le conviene á usted?

El pobre Dámaso le escuchaba enervado, sin comprender más que á medias. Lo único que quería era verse libre de floretes y heridas. Encogióse de hombros y dijo:

—¿Qué le vamos á hacer? Hay que evitar cuestiones.

Y puso una pluma nueva en el mango y empezó á copiar la carta con su maravillosa letra, con una nitidez de grabado en acero.

Ega entre tanto daba vueltas en torno de la mesa, mirando cómo Dámaso escribía. Durante un momento tuvo un susto... Dámaso se había detenido. ¿Hallaría, por fin, en el fondo de su grasa, un resto escondido de dignidad y de rebelión? Dámaso levantó hacia él la vista y preguntó:

—Embriaguez es con *n* ó con *m*?

—Con una *m*, con una sola *m*, Dámaso—explicó Ega.—Está muy bien... ¡Qué hermosa letra tiene usted, caramba!

El infeliz sonrió á su propia letra, poniendo la ca-

beza de lado, sintiendo el orgullo sincero de aquella soberbia prenda.

Cuando acabó la copia, fué Ega quien puso la puntuación. Era necesario que el documento fuese *chic* y perfecto.

—¿Quién es su notario, Dámaso?

—Nuñez, el de la calle del Oro. ¿Por qué?

—Oh, por nada, es un detalle que en estos casos se pregunta siempre. Pues, amigos, cómo papel, cómo letra, cómo estilo, la carta no deja nada que desear.

La puso luego en un sobre y se la guardó. Después, tomando el sombrero y dando un golpecito en el hombro de Dámaso, dijo:

—Felicitémonos todos, Dámaso. Esto podía haber acabado en las afueras, en un charco de sangre. Así, en cambio, es una delicia. No se incomode, hombre, no se moleste. ¡Adiós!

Pero Dámaso les acompañó por el corredor, mudo, mustio, cabizbajo. En el rellano, detuvo un momento á Ega y le preguntó:

—Esto no lo enseñará á nadie, ¿verdad, Ega?

Ega se encogió de hombros. El documento pertenecía á Carlos... Pero, en fin, Carlos era tan generoso...

Dámaso suspiró:

—Y pensar que á ese hombre le llamé mi amigo.

—Todo son desdichas en la vida, Dámaso mío—replicó Ega bajando alegremente los escalones.

Cuando el coche se detuvo en el jardín de la Estrella, Carlos ya esperaba en la puerta, porque quería ir á comer en la *Casita*.

—¿Qué tenemos, señores, tenemos sangre?

—Tenemos algo mejor—replicó Ega.

Carlos leyó la carta de Dámaso y le sobrecogió un inmenso asombro.

—¡Esto es increíble! Llega á ser humillante para la naturaleza humana.

—Dámaso no pertenece al género humano—insinuó Ega.—¿Qué demonios pensabas? ¿Que se bataría?

—No sé; pero me da asco. ¿Qué hacemos ahora de esto?

Según Ega no se debía publicar; sería crear curiosidad y escándalo en torno del artículo de la *Corriente* que costó treinta libras contantes y sonantes; pero convenía conservar aquello como una amenaza para evitar que Dámaso volviera á las andadas.

—Bien vengado estoy—dijo Carlos.—Guarda este papelucho; obra tuya es; haz de él lo que quisieres.

Ega lo guardó con placer y entonces Carlos preguntó á Cruges cómo se había portado en aquel lance de honor.

—¡Pésimamente!—contestó Ega.—Parecía el Ángel de la desolación. Se pasó más de media hora con la mano en el zapato.

—¡Ojalá—exclamó Cruges tranquilizado por fin;—ustedes dicen que me ponga de etiqueta; estreno unos zapatos de charol y estuve toda la tarde en un potro!

No se contuvo más; y se quitó el zapato, lanzando un suspiro de satisfacción.

Al día siguiente, después de almorzar, mientras una espesa lluvia daba en los vidrios, Ega, hundido en su sillón, recibía la carta de Dámaso. Poco á poco sentía que aquel magnífico documento de la estupidez humana, tuviese que quedar desconocido

para la fisiología y para el arte. Qué efecto, qué soberbio efecto produciría aquella confesión de nuestro *distinguido sportman*, apareciendo en la *Gaceta Ilustrada* ó en el nuevo periódico *La Tarde*, bajo el título de CUESTIÓN DE HONOR. ¡Qué lección, qué meritorio acto de justicia social!

Todo aquel verano Ega detestara á Dámaso, convencido de que era el amante de Cohen y de que por aquel imbécil barrigudo olvidara para siempre la judía, la Villa Balzac, las mañanas pasadas sobre la colcha de raso negro, sus besos delicados, los versos de Musset, sus meriendas de perdiz asada y todos aquellos poéticos encantos. Pero lo que le hiciera más intolerable á Dámaso era el aire de hombre satisfecho y preferido con que paseara por Cintra, al lado de Raquel, vestido de franela blanca y el saludo casi despreciativo que le hacía á él, á Ega, cuando le encontraba por la calle. Era odioso. Le odiaba. Y aquel odio es el que le hacía pensar en una tremenda venganza. Desde entonces pensaba en deshonorarle, á fin de que el señor Salcede fuera para la judía como lo era ya para él, un ser despreciable, grotesco, ridículo...

Y ahora tenía allí aquella carta providencial, magnífica, en que el hombre se declaraba borracho de nacimiento. "Soy un borracho.", "Siempre estoy borracho.", Así decía en su papel de monograma de oro, el señor Salcede, á quien un miedo vil de gozquejo le hacía hacer aquella confesión por temor á una mano de palos.

Publicarla en la *Gaceta Ilustrada* ó en *La Tarde*, no podía por interés de Carlos. Pero ¿por qué no enseñar en secreto aquella carta á Craft, al marqués, á Téllez, á Gouvarinho, al primo de Cohen? Podía hasta entregar una copia á Taveira, quien resentido mortalmente con Dámaso, por la pelea que tu-

vieron en casa de *Lola la Gorda*, correría á leerla en secreto en el Café de la Habana, en el billar del Gremio, en el restaurant de Silva. Y al cabo de una semana, Raquel sabría que el escogido de su corazón era, por confesión propia, un calumniador y un borracho! ¡Delicioso!

Tan delicioso, que no vaciló más y subió á su cuarto para copiar la carta de Dámaso. Pero casi inmediatamente un criado le trajo un telegrama de Alfonso de Maia, anunciándole que llegaría al día siguiente.

Ega tuvo que salir, telegrafiar á los Olivares, á avisar á Carlos. Este llegó aquella misma noche, transido de frío y con un enorme equipaje, porque había dejado definitivamente los Olivares. María Eduarda había regresado también á su habitación de la calle de San Francisco, alfombrada de nuevo por la madre de Cruges. Carlos sentía mucho haber abandonado la *Casita*. Mientras acababa de cenar, junto á la chimenea, recordó los días alegres que había pasado en la *Casita*, los baños que por la mañana tomaba en un algibe, las largas conversaciones después de tomar café, con las ventanas abiertas y las mariposas volando en torno de las llamas de las velas.

Ni Ega ni él hablaban, ambos pensativos.

—Cuando esta tarde di una última vuelta por la quinta—dijo por fin Carlos—ya no había una sola hoja en los árboles. ¿No te producen á ti una honda melancolía estos fines de otoño?

—¡Inmensa!—murmuró Ega lúgubrementemente.

Al otro día, Carlos y Ega se apearon, tiritando, en la estación de Santa Apolonia. El tren acababa de llegar y pronto vieron al viejo Alfonso, que, con su viejo capote, con cuello de terciopelo y apoyado en un bastón, se sacudía á los empleados de los ho-

teles que le ofrecían buena cama y buena cena. Detrás iba M. Antoine, el cocinero francés, muy serio, de sombrero de copa, que traía el cesto en que viajara el reverendo Bonifacio.

Carlos y Ega hallaron á Alfonso más envejecido, más pesado. Le alabaron sobre todo su robustez de patriarca. El se encogió de hombros, quejándose de un cansancio bárbaro.

—Ustedes sí que están robustos—añadió abrazando otra vez á Carlos y sonriendo á Ega.—¿Qué es lo que han hecho ustedes por aquí?

—Mil cosas—exclamó Ega alegremente.—Planes, ideas, títulos... Tenemos sobre todo el proyecto de una *Revista*, que ya verá usted. Luego se lo explicaremos almorzando.

Efectivamente, durante el almuerzo le hablaron de la *Revista*, como si ya estuviese organizada. Ega había preparado un trabajo para el primer número: *La capital de los portugueses*. Carlos meditaba una serie de ensayos bajo este título: *Por qué ha fracasado todo el sistema constitucional*. Alfonso escuchaba y quería participar en aquella gran obra como socio capitalista. Ega decía que don Alfonso debía también lanzar la palabra de su saber y de su experiencia. Entonces el viejo se rió. ¿Escribir un artículo él que vacilaba cuando tenía que redactar una carta? Por lo demás lo que podía decir al país, reduciase á tres consejos en tres frases: á los políticos: "menos liberalismo y más carácter;" á los escritores: "menos elocuencia y más ideas;" á los hombres todos: "menos progreso y más moral."

Esto entusiasmó á Ega. Precisamente esas eran las verdaderas bases de la reforma que la *Revista* debía preconizar. Era necesario tomarlas como lema, inscribirlas con letras góticas en las cubiertas de la *Revista*. Carlos quería que las cubiertas fue-

sen azul claro con tipo del Renacimiento; Ega exigía una copia exacta de la *Revista de Ambos Mundos*, de un matiz color de canario. Y arrastrados por su imaginación de meridionales, se entusiasmaron hablando de aquel proyecto que no debían realizar.

Carlos, mirando á Ega exclamaba:

—Ahora va de veras. Necesitamos organizar inmediatamente la redacción.

Ega replicaba:

—Lo primero son los muebles y las máquinas.

Toda la mañana, en el despacho de Alfonso, se ocuparon en formar la lista de colaboradores. Pero ya las dificultades empezaban, porque á Ega no le gustaban sus futuros compañeros y á Carlos algunos escritores se le antojaban imposibles, á causa de su aspecto y de su indumentaria...

Una cosa quedó decidida, donde debía estar la casa de la redacción. En un local aparte, amueblado lujosamente y sobre la puerta, en una plancha, barnizada de negro, el nombre del periódico: REVISTA DE PORTUGAL, con grandes letras de oro. Carlos sonreía y se alegraba pensando en el regocijo de María cuando supiese que iba á entrar en un periodo de actividad. Ega veía ya los fascículos de color de canario en los escaparates de los librerías y sus artículos discutidos en las *soirées* de Gouvarinho y ojeados con espanto por los políticos.

—Este invierno se alborotará Lisboa entera, don Alfonso—gritó Ega alborozado.

Pero el más contento era el viejo.

Después de comer Carlos pidió á Ega que fuese con él á la calle de San Francisco para dar la gran noticia. Pero encontraron en la puerta un carro de mudanzas descargando maletas, y Domingo dijo que

la señora ayudaba á los faquines y comía en una esquina de la mesa.

Ega no quiso subir viendo que en la casa reinaba tal confusión, y dijo que iría á ver á Simón Claveiro, para hablarle de la *Revista*.

Subió lentamente por Chiado, leyó los telegramas en el Café de la Habana y después, bajando por la calle Nueva de la Trinidad, un hombre le ofreció en voz ronca y avinada las señas de una señorita. Al cruzar por frente al gimnasio advirtió una claridad de fiesta y de pronto topó con Craft que iba de corbata blanca y de flor en el ojal.

—¿Qué es esto?

—Una fiesta de beneficencia—dijo Craft.—La baronesa de Alvim me envió una invitación. Venga usted conmigo.

Con la esperanza de flirtar con la Alvim, Ega compró una entrada. En el peristilo encontraron á Taveira, paseando en espera de que acabase la primera pieza, *Trato prohibido*. Entonces Craft, propuso una copita de ginebra.

—¿Qué hay del Ministerio?

Taveira no sabía. Gouvarinho quería las Obras Públicas. Videira también. Y hablábase de una escena terrible á causa de Sindicatos, en casa del presidente del Consejo, en que Sa Núñez había dado un puñetazo tremendo en la mesa gritando:

—Ira de Dios. ¿Creen ustedes que esto es el pinar de Azambuja?

—Canalla—rugió Ega con odio.

Después hablaron del Ramillete y Carlos dió gracias á Dios por tener aquel invierno una casa con chimeneas donde se pudiera pasar un rato agradable.

Taveira acudió entusiasmado.

Dice que tendremos una reunión mucho más agradable en la calle de San Francisco. El marqués me lo ha dicho. La señora de Mac-Gren va á recibir. Craft no sabía siquiera que se hubiese vuelto de la *Casita*.

—Hoy ha vuelto—dijo Ega.—¿Usted no la conoce? Es encantadora.

—Creo que sí.

Taveira la vió de lejos en Chiado. Parecióle una belleza.

—Encantadora—repitió Ega.

Acababa entonces la primera pieza y los hombres llenaban el salón de descanso, encendiendo los cigarrillos.

Ega, dejando á Craft y á Taveira, corrió á la platea para descubrir el palco de la Alvim.

Pero apenas levantó la cortina, cuando vió en frente á la Cohen, toda de negro con un gran abanico de encajes blancos; detrás se veían las patillas negras del marido y enfrente de frac, con la boquita risueña y una gran perla en la pechera de la camisa, Dámaso, el borracho!

Ega se sentó al acaso en un sillón y perturbado empezó á mirar el telón cubierto de anuncios.

Sonaba la campanilla y la gente volvía á la platea. Un caballero gordo y fúnebre, tropezó con las rodillas de Ega. Otro le pidió permiso para pasar. El no veía ni escuchaba nada. Sus ojos se habían fijado en el palco de la Cohen y sentía una emoción que la hiciera palidecer.

No la viera desde Cintra y ahora, con el descote que mostraba la perfección de su cuello, volvía á ser su Raquel de los tiempos divinos de *Villa Balzac*.

Parecía más pálida, más delicada, con su aspecto de novela y de lirio marchito. Poco á poco entre el

afinar de los instrumentos y el rumor de las sillas, Ega sentía una oleada de recuerdos que le ahogaba, que le sofocaba; la gran cama de *Villa Balzac*, ciertos besos y ciertas risas, las perdices comidas en camisa en el borde del sofá y la melancolía deliciosa de las tardes, cuando ella salía furtivamente y él quedaba cansado, canturreando la *Traviata*.

—¿Da usted licencia, señor Ega?

Era un sujeto flacucho, de barba rala, que reclamaba su silla. Ega se levantó sin reconocer al señor Sousa Netto.

Cohen, de pie, llenaba la mitad del palco, atusándose las patillas, quizá para que reluciera el diamante de su mano.

Ega, entonces, en un soberbio alarde de indiferencia, clavó el monóculo en el palco. Raquel y Dámaso, con las cabezas juntas, como en Cintra, cuchicheaban sonriendo. Toda la vitalidad de Ega, se resumía en un odio inmenso contra Dámaso. Pegado al quicio de la puerta, con los dientes apretados, sentía deseos de subir y de escupirle en la cara gordiflona.

No desviaba de él los ojos que centelleaban. En aquel instante Dámaso descubrió á Ega, sonrió, hizo como en Cintra un saludito petulante con la punta de los dedos. Esto hirió á Ega como un insulto.

Súbitamente se le ocurrió una idea, palpó la cartera donde la víspera guardara la carta de Dámaso, y murmuró: "¡Buena le espera!," Bajó por la calle de la Trinidad, cortó por Loreto como una piedra que rueda, llegó á la plaza de Camoens, y allí se metió en un portal grande, alumbrado por un farol. Era la redacción de *La Tarde*.

En el patio de aquel periódico elegante cruzó con un sujeto que le dijo que Neves estaba arriba. Neves

diputado, político, director de *La Tarde*, había sido años atrás, su compañero de casa de huéspedes, y desde entonces se trataban de tú.

Le halló en una vasta sala iluminada por luces de gas sin globo, con el sombrero echado atrás, perorando ante unos provincianos que le escuchaban de pie, con un respeto de creyentes. En el vacío de una ventana, un joven desmadejado, con chaqueta clara y una cabellera crespa que parecía alborotada por una racha de viento, hablaba con dos hombres ya machuchos, braceando como las aspas de un molino en la cresta de un monte. Y otro sujeto ya calvo, llenaba laboriosamente una cuartilla.

Al ver á Ega (un íntimo de Gouvarinho) en la redacción, en aquella noche de intriga y de crisis, Neves clavó en él una mirada tan curiosa é inquieta que Ega se apresuró á decir:

—Nada de política, asunto particular... No te interrumpas, después hablaremos.

Neves acabó la injuria que estaba lanzando á José Bento y en su impaciencia cogió del brazo á Ega, llevándolo á un rincón.

—¿De qué se trata?

—De esto en cuatro palabras. Carlos de Maia fué ofendido por un sujeto muy conocido. Un artículo inmundo en la *Corneta del Diablo*, por una cuestión de caballos... Maia pidióle explicaciones. El otro se las ha dado viles, asquerosas, en una carta que quiere que ustedes publiquen.

El demonio de la curiosidad picó á Neves.

—¿Quién es?

—Dámaso.

Neves retrocedió asombrado.

—¡Dámaso! ¡Imposible! Esta misma tarde comí con él. ¿Qué dice la carta?

—Todo. Pide perdón, declara que estaba borracho, que es borracho de profesión.

Neves agitó las manos indignado.

—¡Hombre! ¿Y tú quieres que yo publique eso? ¡Dámaso nuestro amigo político! Y aunque no lo fuese, pues no es cuestión de partido, es cuestión de decencia. Si fuese el acta de un duelo, una cosa honrosa, explicaciones dignas... ¡Pero una carta en que se declara borracho!... ¡Ea, estás tonto!

Ega se encolerizaba también; pero Neves quiso ver la carta de Dámaso.

—¡No puede ser, es absurdo! Se trata de alguna equivocación! Déjame la carta.

Apenas vió el papel y la firma floreada, exclamó:

—¡Esto no es de Dámaso ni de letra de Dámaso! ¡Salcedel! ¿Quién diablos es Salcedel?

—Es Dámaso Salcedel, un gordinflón.

—Haberlo dicho, hombre. Yo hablaba de Dámaso Guedes. Cuando se dice Dámaso, se entiende Dámaso Guedes.

Respiró con satisfacción.

—¡Cómo me asustaste! En este momento y con la crisis, una carta de esas escrita por Guedes... Si se trata de Salcedel, bien! Espera... ¿No es un imbécil que tiene una propiedad en Cintra? Sí, él es. Un estúpido que nos fastidió en la elección pasada é hizo gastar á Silverio más de trescientos mil reis... Bien. Pereirinha, oiga al señor Ega. Ahí tiene una carta que debe salir mañana, en la primera página, tipo nueve...

El señor Pereirinha recordó que había el artículo del señor Vieira de Costa, sobre las "Reformas de las Tarifas."

—Va después—gritó Neves.—Las cuestiones de honra, ante todo.

Volvió á su grupo, donde se hablaba ahora del

conde de Gouvarinho y afirmó que tenía dotes magníficas de orador parlamentario.

Ega encendió un cigarro y estuvo un momento considerando á aquellos sujetos que se pasmaban ante el verbo de Neves. De fijo que eran diputados que la crisis arrastrara á Lisboa y arrancara á la quietud de los campos y de las quintas. El más joven parecía una tinaja, vestido de casimir fino, con una cara enorme, de la que parecía saltársele la sangre, alegre, gordo como un cerdo bien cebado. Otro alto y cenceño, con un gabán puesto sobre los hombros encorvados, tenía una quijada dura y maciza de caballo; y dos viejos muy rapados, muy morenos, apuraban una colilla de cigarro. Todos tenían esa expresión asombrada y desconfiada de los hombres de provincia, perdidos entre los coches é intrigas de la capital. Admiraban el robusto talento de Neves, su verbosidad y su táctica, y de fijo que en sus ciudades hablaban largamente del amigo Neves, el periodista, director de *La Tarde*. Pero á través de aquella admiración y del placer de hombrearse con él, advertíase en ellos un vago miedo de que aquel robusto talento les pidiese en un breve aparte, dos ó tres monedas. Neves entre tanto celebraba á Gouvarinho como orador. No es que tuviese los rasgos, la pureza, las bellas síntesis históricas de José Clemente; ni la poesía de Rufino; pero no había otro para las alusiones que hieren y hacen sangre.

—Oye, Gonzalo, ¿te acuerdas de aquel chiste de Gouvarinho, el del trapecio?—gritó volviéndose hacia la ventana donde estaba el joven de la chaqueta clara.

Gonzalo, cuyos ojos negros fulguraban de agudeza y malicia, alargó el cuello largo y delgado, y dijo:

—¡Divino! Cuéntalo á los señores.

Los señores fijaron los ojos en Neves, esperando “el trapecio.” Fué en la Cámara de los Pares cuando se trataba de la reforma de la instrucción. Estaba hablando Torres Valente, aquel que defendía la gimnasia en los colegios y quería que las muchachas hicieran la plancha. Gouvarinho se levanta y le suelta ésta: “Señor presidente, sólo he de decir una palabra. Portugal saldrá de la senda del progreso, en la que tanto se ha ilustrado, el día en que en la enseñanza se nos obligue, con mano im-pia, á substituir la cruz por el trapecio!”

—Muy bien—masculló uno de los viejos.

Pero entonces, el joven que parecía una tinaja, exclamó:

—Pues á mí, señores, me parece que el conde de Gouvarinho, es un solemne santurrón.

Sonrieron los caballeros de provincia, liberales y conservadores, que hallaban á aquel hidalgo excesivamente apegado á la cruz. Pero Neves, replicó:

—¡Santurrón! ¿Se le figura á usted que es santurrón? ¡Ca, hombre! Gouvarinho es un racionalista y un positivista, pero aquí se trata de réplica, de táctica parlamentaria. Ya que el de la mayoría habla del trapecio, por más que sea tan ateo como Renán, ¡zas! le acomete con la cruz. ¡Esto se llama estrategia parlamentaria! ¿No te parece, Ega?

—Sí, la cruz aun sirve para eso...

Pero en aquel momento, el sujeto calvo que acabara la cuartilla y se desperezaba, echado hacia atrás, pidió al señor Juan de Ega que le diese un consejo.

Ega se le acercó, y dijo:

—¿Tenemos un trabajo difícil, Melchor?

—Sí, he de escribir algo sobre un libro de Claveiro, los Cantos de la Sierra, y no doy pie con bola.